

058. El final de los tiempos

¿Quieren ustedes oír un cuento curioso, precisamente acerca de Nuestro Señor Jesucristo? Pues, sí; es un cuento, pero que nos va a ilustrar lo que significa esa expresión de la Biblia que tantas veces oímos: *la plenitud de los tiempos*, es decir, el tiempo de Jesucristo el Salvador en la Historia.

El Emperador Octavio César Augusto tenía en sus manos bien amarrado todo el poder del Imperio Romano. Fue un Emperador como no tuvo otro Roma. Y un día recibe la visita de una sibila, o sea, una de aquellas adivinas tan célebres que no han sido nunca superadas por ninguna pitonisa moderna. Delante ya del Emperador, le expone claramente:

- *¡Ave, César! Vengo a comunicarte algo insospechado. He mirado al sol de hito en hito, y debo decirte lo que he visto y he adivinado. Tú has unido en tu mano todos los pueblos del orbe y eres el gobernante mejor que ha tenido Roma. Pero los dioses trazan nuevos rumbos al Imperio. En el sol, una mujer con su niño en los brazos Y unas letras misteriosas escribieron esta leyenda, que iba repitiéndome una voz potente venida de lo más profundo del cielo: Este es el altar del Hijo de Dios.*

El Emperador escuchaba sin pestañear, y más cuando la sibila le anunció lo más duro de su visión: *-Este niño será el señor del mundo.*

César Augusto, tan sensato y tan respetuoso con los dioses, tomó la cosa en serio. Cuando le hablaba la pitonisa, el Emperador se hallaba en lo alto del Capitolio, la colina más sagrada de Roma, y allí mismo hizo levantar un altar y ofreció un sacrificio al Niño misterioso. Cuando ya se supo quién era la Madre, allí se construyó después la iglesia más antigua en honor de María, con el nombre de *Araceli*.

Una leyenda, un cuento del cual no hemos de hacer ningún caso. Pero que expresa la realización del gran deseo del mundo antiguo: *¡Un Salvador! ¡El Salvador! ¿Cuándo vendrá ese Salvador que todos esperamos?...*

Todos los pueblos paganos, cada uno según sus creencias, esperaron la venida de un maestro, o jefe, o rey llamado *El Salvador*, que había de librar al mundo de tantos males como padecía. Pero, entre todos los pueblos, estaba el pueblo elegido, Israel, depositario de las promesas de Dios. En su larga espera del Salvador prometido, en Israel se preguntaban siempre: *¿Quién será y cómo será?...*

Según esto, la Historia del mundo se divide en dos partes bien diferenciadas: antes de Jesucristo y después de Jesucristo. No habrá una tercera. Porque la segunda se cerrará con la vuelta gloriosa de Jesucristo, que dará fin al mundo para entrar definitivamente en la eternidad de Dios.

La primera gran noticia se tiene ya en el paraíso. Al demonio que ríe satisfecho, Dios le anuncia la venida un rival que le va a aplastar: *Pongo enemistades entre ti y la mujer, entre tu descendencia y la suya: y ese descendiente de mujer te machacará un día la cabeza* (Génesis 3,15)

- Pasan milenios, aparece Abraham, y Dios le jura solemnemente: *En ti, en un descendiente tuyo, serán bendecidas todas las gentes* (Génesis 12,3)

- Varios siglos más, y saca Moisés de Egipto al pueblo, esclavo del faraón. El gran legislador anuncia al pueblo: *A quedarse todos tranquilos aunque yo me vaya. El Señor*

suscitará en vez mío un profeta como yo, al que habréis de escuchar y hacer caso. Israel se preguntó siempre: ¡El Profeta! ¿Y cuándo llegará el Profeta del que nos habló Moisés?... (Deuteronomio 18,18)

- Pasan algunos siglos más y Dios se escoge para Israel un rey muy querido: David, al que Dios le promete: *Un hijo tuyo, uno de tu familia, heredará tu trono y reinará en la casa de Judá para siempre* (2Samuel 7,12-16). Desde ahora, todos sabrán que el Salvador prometido será un descendiente de David.

- Durante varios siglos, los profetas mantendrán viva la esperanza de Israel. Señalarán al Cristo o Mesías casi con la mano, de tantas cosas que van precisando. Isaías es categórico: *Una virgen concebirá y dará a luz un hijo, y será llamado Emmanuel, Dios con nosotros* (Isaías 7,14)

- Hasta que en las riberas del Jordán aparece un profeta muy singular: Juan el Bautista, que señala con el dedo a un peregrino llegado desde Nazaret, y dice: *¡Ese, ése es el que quita el pecado del mundo!* (Juan 1,29)

Se ha cumplido lo que se llamaba *La plenitud de los tiempos*. O, como se decía otras veces, han llegado *Los últimos días*. Es decir, el mundo está metido de manera irrevocable y definitiva en la era del Mesías. ¡El Cristo ha venido ya!...

Desde ahora, todos los siglos y milenios que pueda tener el mundo, todos van dirigidos a la segunda venida de Jesucristo, que aparecerá para dar por terminada la historia de ese mundo que un día vino a salvar.

Estamos en *Los últimos tiempos*. Estamos en *Los últimos días*. Días y tiempos cuyo número nadie conoce, porque es un secreto que se ha reservado Dios.

Entramos en el Tercer Milenio de la Redención, y a lo mejor estamos en la aurora del Cristianismo, en los principios del Reinado de Jesucristo en la tierra, en espera de la consumación del Reino en la eternidad. Dios hace las cosas en grande, no tiene prisa, y el Cielo tiene que poblarse de muchos moradores...

Nuestra actitud es de espera y de acción. Trabajamos por el Reino en la Iglesia, sabiendo que el Señor volverá. No nos cruzamos de brazos. No creemos en profecías de agoreros, de ignorantes o de malintencionados. No necesitamos de pitonisas de moda, que anuncian nuevos mesianismos.

Conforme al Apocalipsis (22,11), *los santos nos hacemos cada vez más santos*, mientras vamos construyendo el Reino en la paz, conquistando cada vez más adoradores para Jesucristo, el esperado de los siglos y hoy definitivamente presente en el mundo.